

La cronología ha puesto de moda á Cervantes. No supongáis que lo estaba el autor de *El Ingenioso Hidalgo*. Lo que es leerle..., no se le leía poco ni mucho. Tenía su estatua frente á un local donde unas veces se afiligrana el idioma y las más se le pegan coscorrones; tenía la hueste de cervantistas, tan maltratada por el sabio director de la Biblioteca Nacional bonaerense; tenía, como Dante y Homero, comentadores y escoliastas; varias ciudades se disputaban el honor de haberle dado cuna..., pero, como lectores, es probable que le superasen infinitamente Ohnet y Sienkiewicz. Entre la generación joven, se hablaba del *Manco* con desdén. Cervantes se contaba en el número de los viejos arrumbados, y el venerable acusaba pobreza de espíritu y sumisión nimia al criterio vulgar, trasnochado y académico. Ahora va á disfrutar de un renuevo de popularidad y fama, y acaso, merced á los festejos que se preparan en su honor, el *Manco* obtendrá la estimación de los liberos (que, como nadie ignora, sólo estiman lo que se vende), y saldrá de la gran urna clásica donde me le tenían inhumado, para gozar otra vez del sol y la luz de su patria.

Y la verdad es que, si bien se considera, Cervantes reposaría muy contra gusto en esa urna decorativa, suntuosa y glacial. Nadie menos adaptable que Cervantes al espíritu académico. El era, en plata, un bohemio, y lo mejor que hizo, sus grandes aciertos intuitivos, se deben al roce y trasiego de su vida bohemia, aventurera y errante. No hay escritor á quien peor le sienta la altanera golilla, porque no sólo tuvo, compelido por la ruda mano de la necesidad, que bajar infinitas veces la frente, sino que en sus correrías, en sus trabajos y andanzas, debió de usar, más bien que la golilla, el sencillo cuello sin escarolados ni almidones. Libre su garganta de esa prisión tan ensalzada por Cyrano de Bergerac, en actividad sus piernas, encandilados sus ojos, alborozada su fantasía, Cervantes se echó por el mundo á conocerlo y saborearlo, como se echaban entonces los viajeros, y no como hoy, que los viajes nada enseñan, porque el ideal es terminarlo cuanto antes, volar del punto de partida al de llegada. El alma de Cervantes es la de un vagabundo literario, adverso á la pedantería, que se confiesa ingenio lego, que ha leído sin orden, que ha sido soldado, que ha estado al servicio de los poderosos, sin encogimiento servil, y que se ha mezclado con villanos y populacho, hampones y pícaros, sin perder sus instintos de hidalguía, su percepción de lo elevado y lo elegante de su época. Y merced á esta libre y anárquica existencia de Cervantes, á su obra capital, donde la crítica encontrará fácilmente defectos y lunares, no puede la erudición encontrarle precedentes, como se le encuentran al *Fausto*, á la *Divina Comedia*, á los dramas de Shakespeare, á la *Eneida*, á los más altos frutos del ingenio humano.

No hay, en cierto modo, enseñanza de ejemplaridad superior á la deducible de la historia literaria de Cervantes. Todo lo que este excelso español escribió ajustándose al patrón oficial de la literatura consagrada en su tiempo, le salió flojo. Ahí están la *Galatea*, *Persiles*, que no me dejarán mentir. Verdad que las novelas cortas ó largas, y especialmente las cortas, eran género ya fecundo y conocido, y en cuanto á moldes y formas, Cervantes no innovó nada. Del mismo *Quijote* se podría sostener que no es sino una novela caballeresca más..., mirada por el revés del tejido, que en este caso es el derecho de la realidad, triunfante de la ficción. Pero no consiste el mérito del *Quijote*, ni de las *Novelas ejemplares*, en su molde y troquel, como no por ser sonetos ganan ni pierden los sonetos de Heredia. El arranque, la novedad y originalidad del *Quijote*, nacen de que en él Cervantes se revela completo, no con los procedimientos de la autobiografía, no con lirismo, sino por lo visto, observado y experimentado en su vida de bohemio.

De Rusia llegan rumores y noticias alarmantes, ahogadas, en el trayecto, por la censura, pero tal vez, por el misterio de la censura misma, aumentadas, vueltas cavernosas y pavorosas. Todo se encamina á su término y desenlace natural en la historia, y Rusia va por la senda que desde hace más de un siglo la obligan á recorrer sus instituciones, su organización política, tirante, cerrada, violenta, corrompida. La idea de la patria no ha prevalecido sobre intereses y combinaciones del orden político, así en los elementos revolucionarios como en los gubernamentales. Los primeros debieran, ante el enemigo, no pensar en agitaciones; pero los segundos debieran, ya que ejercen el poder sin límites ni trabas, haber preparado, al menos, las fuerzas nacionales para conflicto tan inminente como el de esta guerra. En los

corazones y las mentes, no se ha impuesto la patria. Rusia no sufre porque el tsar sea un autócrata: Rusia sufre porque á la sombra de ese autócrata, la oligarquía de los funcionarios ó *tchinownicks* hace su agosto, roba, veje, oprime y sangra á la nación. Repetidas veces la novela y el teatro ruso han trazado la caricatura y han descargado el látigo satírico sobre esa calamidad pública; pero bien sabemos que no se mata con la pluma, ni se consuman revoluciones por medio de dramas ó comedias, sobre todo cuando el temor amordaza á la musa. Y continúa la explotación: ayer fueron explotados los propietarios, los aldeanos, los siervos; hoy lo son los infelices soldados, carne de cañón, que se dirigieron á entregar la vida en los reductos de Puerto Arthur ó en las estepas mandchurianas. El alimento, la ropa del soldado, son objeto de escandaloso tráfico, y la indignación natural convierte en revolucionarios hasta á muchos que abominaban del desorden años antes.

Los países que no van á la cabeza en cultura—y Rusia se cuenta entre ellos—aspiran, cuando menos, á representar la fuerza, á ser temidos. La excusa de las flagelaciones, del *knut*, de las horribles prisiones, del sistema de deportación, del *caviar*, de la censura inquisitorial, la compensación de todo eso, podría ser la gloria militar, el triunfo, y cuando se declaró la guerra, nadie dudó que Rusia lo obtendría. El David asiático le ha clavado la piedra en la frente al Goliath. Con la diferencia de que la victoria de David el pastor fué debida á la casualidad y á la destreza, y la del Japón al orden, á la tenacidad, á una preparación silenciosa, intensa como ninguna.

Esto se sabe en Rusia, y escuece, y humilla, y exaspera. Se confiaba en que el gobierno habría tomado sus medidas, que estaría todo en su lugar..., y el gobierno, imprevisor, dormido, llevó á la nación á la derrota.

No sería justo regatear el valor y la constancia militar al ejército ruso. Si es cierto que, según reflejan los periódicos, hay oficiales que, ante el enemigo, beben *champagne* y banquetean con *cocottes*, la defensa de Puerto Arthur ha sido una página admirable. Yo confieso que, por razones de estética, me hubiese parecido más completa si el defensor se hubiese enterrado entre las ruinas de la plaza. Siento que Stoessel, cuyo merecimiento reconozco, no cerrase su historia con ese broche de diamante. Pero á veces, la muerte no acude. Es coqueta la esqueletada. Llega en prosa, cuando debiera llegar recitando versos heroicos.

Y es lo peor del actual estado de Rusia que los elementos directivos tienen interés en que la guerra no termine, en probar á desquitarse, dejando caer la fuerza enorme que sin duda posee Rusia (fuerza inerte) sobre el Japón. Para seguir gobernando como hasta hoy, es preciso vencer. Para vencer, es preciso prolongar la guerra, con la esperanza de extenuar, de agotar al adversario.

Esa guerra en Manchuria, como la nuestra con los Estados Unidos, no es cuestión en que se hayan interesado las masas populares. No se parece á aquella otra guerra descrita por Tolstoi en una de sus novelas más grandiosas; no es guerra de independencia; no llega adentro. Es de esas luchas sombrías, lejos del hogar, lejos del territorio, en comarcas ineluctables; guerras en que es preciso triunfar estrepitosamente, como triunfaba Napoleón en sus días de fortuna, para que el pueblo las perdone y hasta las poetice.

Lo no conseguido por ahora, quieren lograrlo á poder de sacrificios en dinero y sangre, sin atender á estados de opinión, los gobernantes de Rusia. No será culpa del tsar; pero cualquiera que sea su parte de responsabilidad, sobre él y contra él ha de ir la protesta, en sus más terribles y reprobables formas: el asesinato y la voladura.

Sin fiarnos demasiado en incompletas y contradictorias informaciones telegráficas, ello es que, á cada momento, se habla de atentados. Ya es un disparo en mitad de una solemne ceremonia, ya un cartucho explosivo al paso del tren imperial, ya una conspiración dentro de palacio mismo. Tan pronto confirmadas como desmentidas, siempre embrolladas por las precauciones para encubrir la verdad, estas nuevas son centellas de un volcán oculto. No vemos la llama; pero la partícula ígnea que cruza ante nuestros ojos y se desvanece sin dejar rastro, nos avisa. Recordamos sucesos, y tememos por el porvenir.

No hay nadie que no vea en la paz una solución para Rusia misma. Espanta pensar que la epopeya de Puerto Arthur pueda tener segunda parte frente á Vladivostok, y que una segunda hecatombe nos aterre; pero acaso es más imponente aún la agitación revolucionaria de Rusia, y los cambios que puede imprimir á Europa.

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Acabo de leer un artículo de D. Manuel Ugarte, titulado *El alma española*, en una revista parisiense, y noto que el autor, que, si no me equivoco, ha viajado por España hace dos años, nos califica de niños y de viejos; le sorprende nuestra puericia y nuestra senectud. Su impresión, en conjunto, es bastante desfavorable á España. No la apoya detenida y ahincada observación; no revela largo estudio; por eso faltan en el artículo—que para llegar á la entraña necesitaría ser mucho más extenso—puntos de vista desarrollados que aclaren cumplidamente el embrollado enigma de nuestra psicología nacional. Así y todo, encierra verdad el artículo de este americano.

Es una verdad mirada por cristal ahumado, y el mismo autor, comprendiéndolo, dice al final: «Alegarán que en este retrato todo es negro. Es imposible que no posean ninguna buena cualidad los españoles. Seguramente las poseen, y muy grandes. Pero son cualidades negativas. Si pueden hacer simpáticos á los hombres mirados individualmente, no bastan para formar una colectividad vigorosa y triunfante.»

Hace cavilar esto de que los españoles, sueltos, revelen condiciones no sólo simpáticas, sino admirables, y en cuanto se juntan lo echen todo á perder.

En España no puede haber más doctrina que el individualismo, ni más tipo que Don Quijote, saliendo por ahí seño y solo á desfacer entuertos, y resignándose de mal talante hasta á la compañía del excelente Sancho. Si decide el hidalgo al fin provistarse de un escudero, es porque el huésped le ha demostrado la ineludible necesidad de acomodarse de dineros y camisas, cosa que á Don Quijote no se le había venido á las mientes, en su caballeresco entusiasmo... De semejantes frioleras—el dinero, las camisas—prescindiría muy gustoso el español, si no se terciase la fatalidad de que sin camisa se muere de frío y sin dinero se muere de hambre. ¡Una diablura! A poder prescindir de sustento y cobijo, el español sería el ser más dichoso de la tierra, justamente por esa sobriedad estoica que nota Ugarte. Es indiscutible que los climas duros, rigurosos, la lucha por la vida en forma de adquisición de pan, carne, carbón, ropa, hogar, generan civilización. Un murciano, entre palmeras, á la vera de la fuente, ¿me quieren ustedes decir para qué había de sudar y matarse, si la mala administración no le abrumase con tributos, y los adelantos del siglo no le empujase, muy contra su voluntad, á alumbrarse eléctricamente y á poner en su mesa algo más que dátiles?

De todos modos, el alma española reviste mayor complejidad de lo que parece deducirse del artículo de Ugarte. Yo deseo que este escritor tan culto é inteligente vuelva á visitarnos y se penetre de la manera de ser nuestra, y sobre todo, reconozca los defectos de un gran factor, la diversidad regional, factor apenas apreciado por los extranjeros que de nosotros escriben. España no es una sino políticamente hablando. En su intimidad psicológica es muy variada, muy diversa. Y bajo sus apariencias de pueblo estacionario, cambia cada veinticinco años, cambia justamente, no su exterioridad, su alma. No diré que el cambio sea favorable, y acaso la nostalgia del alma antigua dicte muletillas como la que solemos oír: «¿Dónde van los hombres de otros tiempos!» Pero ello es que, sin fuerzas para modificar su estado de aplanamiento, el español lo percibe, lo siente, y esta percepción va poco á poco labrando en él una psicología nueva.